

DIMENSIÓN SOCIAL DE LA EUCARISTÍA

"Contaron lo que había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan"

Lc 24, 35



Motivación



¿Qué me sugiere esta imagen para tratar de comprender la dimensión social de la Eucaristía?

¿Tiene relación la Eucaristía y mi relación con Dios, con los hermanos y con el medio ambiente?



1 Cor 11, 17-33

"Y al dar estas disposiciones, no os alabo, porque vuestras reuniones son más para mal que para bien. Pues, ante todo, oigo que, al reuniros en la asamblea, hay entre vosotros divisiones, y lo creo en parte. Desde luego, tiene que haber entre vosotros también disensiones, para que se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros. Cuando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor; porque cada uno come primero su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga. ¿No tenéis casas para comer y beber? ¿O es que despreciáis a la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué voy a deciros? ¿Alabaros? ¡En eso no los alabo! Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío.» Asimismo también la copa después de cenar diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío.» Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga. Por tanto, quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles, y mueren no pocos. Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos castigados. Más, al ser castigados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo. Así pues, hermanos míos, cuando os reunáis para la Cena, esperaos los unos a los otros."

Palabra de Dios.

Pautas para la reflexión

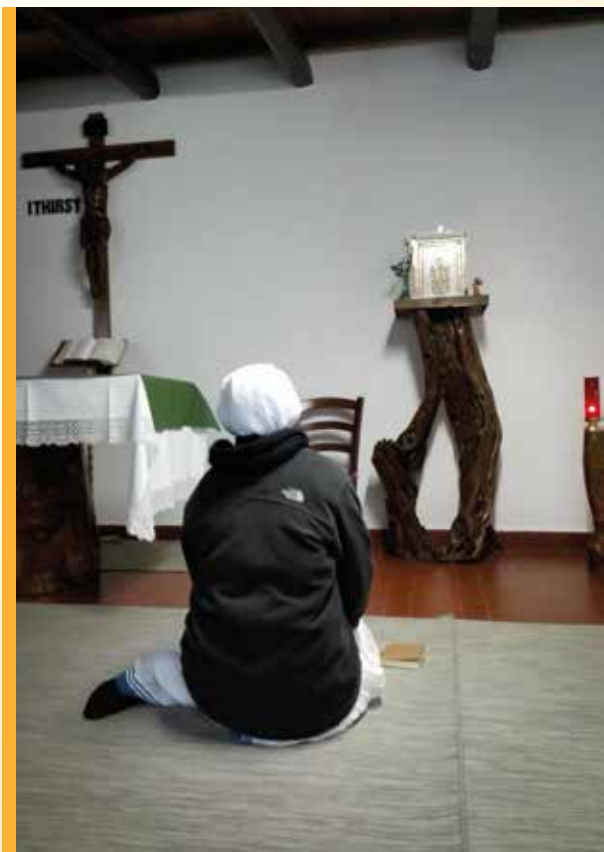
La Eucaristía tiene una dimensión social. En primer lugar, tendríamos que decir que cuando celebramos la Santa Misa lo hacemos en comunidad, no lo hacemos solos; sacerdotes y pueblo de Dios elevando la acción de gracias al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Ahora bien, San Pablo, en su primera carta a los Corintios hace un fuerte llamado de atención a la comunidad, esta no prolonga la celebración de la Eucaristía en el contacto con los hermanos, se presentan desigualdades y cosas semejantes, elementos contrarios a lo que la celebración de la Eucaristía tiene en su misma esencia: pan partido para todos los que crean.

A propósito, el papa Francisco nos ha dicho que “la Eucaristía, es fuente de amor para la vida de la Iglesia, es escuela de caridad y solidaridad... quien se nutre del Pan de Cristo no puede permanecer indiferente ante quienes carecen del pan cotidiano”.

La presencia real de Jesucristo en los pobres

El papa Benedicto XVI nos recordaba, que “junto a la presencia real de Jesús en el sacramento, existe aquella otra presencia real de Jesús en los más pequeños, en los despreciados de este mundo, en los últimos, en los cuales Él quiere que lo encontremos”. Entre los Padres de la Iglesia se decía que los pobres son como “la segunda Eucaristía” del Señor: “cuantas veces habéis hecho esto a uno de mis pequeños –dar de comer al hambriento, beber al sediento, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y encarcelados...– a Mí lo habéis hecho”, afirma el Señor en el Evangelio de san Mateo.

Hay entre los pobres y la Eucaristía una misteriosa pero bien real e indisoluble relación. La Eucaristía nos ayuda a redescubrir la presencia del Señor en los pobres, mientras que los pobres nos ayudan a vivir la Eucaristía en toda su verdad, con todas sus exigencias. De allí que el papa Francisco haya podido hasta decir que habría que arrodillarse ante los pobres en la Iglesia. Estamos todos llamados, pues, a renovar nuestro compromiso de amor solidario y eficaz a los pobres, sean que sufren pobreza material, pobreza moral o pobreza espiritual.



Entregar la vida por los demás

La existencia Eucarística del cristiano tiene que reflejar e irradiar ese amor de quien dio su vida por nosotros, quedándose en nuestra compañía, dándonos su cuerpo para ser comido y su sangre para ser bebida. Aquí entramos en esta otra inseparable dimensión de la Eucaristía como Sacrificio. Sabemos que la institución de la Eucaristía y la muerte de Jesús en la Cruz, signo de su amor redentor, son, de hecho, en su significado más profundo, un único misterio. El gesto profético en la última Cena ofreciendo su cuerpo “entregado” y su sangre “derramada” por muchos, anticipa y presupone, así como anuncia e interpreta la muerte ya inminente de cruz. La Eucaristía es el memorial de ese Sacrificio perfecto y definitivo del Verbo hecho carne. Jesús abraza todo posible sufrimiento del hombre, realmente, cargando «con la iniquidad de todos nosotros”.

“El amor que le impuso ir a la muerte por nosotros fue también el que le hizo dársenos en comida. No se contentó con darnos sus dones, sus palabras y consejos, sino a sí mismo. Acaso haya que preguntar a la mujer, a la madre, para hallar alguien que comprenda esta exigencia de dar, no algo, sino de dar a sí mismo. A sí mismo, con todo el propio ser, no solo el espíritu, no solo la fidelidad, sino el cuerpo y el alma, la carne y la sangre: todo. Sin duda es el mayor amor querer alimentar a otro con lo que uno es.

Predicamos a un «Cristo crucificado». No es la cruz ni mito, ni analogía, ni símbolo, menos un modelo literario. La Cruz es el signo terrible del pecado de los hombres, pero, al mismo tiempo, del misterio inaudito de la misericordia de Dios, que nunca nos defrauda ni abandona, que nos perdona siempre, aunque seamos nosotros los que “nos cansemos de pedir perdón”. Es el signo de inagotable fecundidad en la reconciliación con Dios y con los hermanos. Por eso, la Iglesia es ministerio de reconciliación que va rompiendo todos los muros de separación entre los hombres y los pueblos, sean los muros que se alzan para fomentar la disgregación de la familia, sean los muros de inicuas

desigualdades sociales alzados por el dios dinero, sean los muros de contraposiciones alzados por los violentos y terroristas, sean los muros alzados por las lógicas de poder y las ideologías, sean los muros alzados por la indiferencia ante la vida, las necesidades y el destino de los demás. ¿Cómo confesar que compartimos el pan de vida eterna si somos indiferentes a compartir el pan de la unidad de la vida matrimonial y familiar, a compartir los frutos de la tierra y del trabajo de los hombres, a compartir los bienes destinados a todos, a compartir una convivencia en la que reine el amor, imperando aun los muros de separación y de iniquidad?

Comprendamos

Por una Iglesia más solidaria

En la Eucaristía aprendemos, vivimos y celebramos la solidaridad. Si en el acontecimiento de la multiplicación de los panes (Lc 9,12-17) aprendíamos de Jesús a ser solidarios, en el sacramento del pan de vida su solidaridad llega a extremos insospechados. El gesto solidario de Jesús al multiplicar el pan es, en la Eucaristía, total y pleno porque nos da su cuerpo y sangre.

Pero, además, comulgar el cuerpo y la sangre de Cristo nos compromete a vivir la solidaridad con todos los seres humanos, sobre todo con los más hambrientos y sedientos. La Eucaristía estrecha los vínculos de solidaridad entre los miembros de un mismo cuerpo y entre las ramas de una misma vid.

¿Qué implica para mi vida de fe la solidaridad? ¿Me mueve la Eucaristía a donarme a los demás?

En la Plegaria Eucarística celebramos, hacemos memoria y damos gracias por los gestos solidarios de Dios con los hombres, desde la creación hasta la Encarnación y la Eucaristía. Más aún: en Cristo Sacerdote somos -porque participamos de su sacerdocio- solidarios de los hombres ante el Padre con la fuerza del Espíritu Santo.

Santa Teresa de Calcuta y muchos santos comprendieron la dimensión social que tiene la Eucaristía: *“Lo más importante es que tengan un amor hondo, personal, al Santísimo Sacramento, de tal forma que encuentren a Jesús en la Eucaristía. Así podrán encontrarle también en el prójimo y servirle en los pobres...”*





DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL SACRAMENTUM CARITATIS del papa Benedicto XVI (2007)

Eucaristía, misterio que se ha de ofrecer al mundo *(Numerales de 89 – 92)*

Implicaciones sociales del Misterio eucarístico

La unión con Cristo que se realiza en el Sacramento nos capacita también para nuevos tipos de relaciones sociales: «la "mística" del Sacramento tiene un carácter social». En efecto, «la unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo solo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán». A este respecto, hay que explicitar la relación entre Misterio eucarístico y compromiso social. La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (cf. Ef 2,14). Solo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf. Mt 5,23- 24). Cristo, por el memorial de su sacrificio, refuerza la comunión entre los hermanos y, de modo particular, apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. No cabe duda de que las condiciones para establecer una paz verdadera son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón. De esta toma de conciencia nace la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. La Eucaristía, a través de la puesta en práctica de este compromiso, transforma en vida lo que ella significa en la celebración. Como he afirmado, la Iglesia no tiene como tarea propia emprender una batalla política para realizar la sociedad más justa posible; sin embargo, tampoco puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia. La Iglesia «debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar». En la perspectiva de la responsabilidad social de todos los cristianos, los Padres sinodales han recordado que el sacrificio de Cristo es misterio de liberación que nos interpela y provoca continuamente.

Dirijo por tanto una llamada a todos los fieles para que sean realmente operadores de paz y de justicia: «En efecto, quien participa en la Eucaristía ha de comprometerse en construir la paz en nuestro mundo marcado por tantas violencias y guerras, y de modo particular hoy, por el terrorismo, la corrupción económica y la explotación sexual». Todos estos problemas, que a su vez engendran otros fenómenos degradantes, son los que despiertan viva preocupación. Sabemos que estas situaciones no se pueden afrontar de una manera superficial. Precisamente, gracias al Misterio que celebramos, deben denunciarse las circunstancias que van contra la dignidad del hombre, por el cual Cristo ha derramado su sangre, afirmando así el alto valor de cada persona.



El alimento de la verdad y la indigencia del hombre

No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos de globalización que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres. Debemos denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra, provocando desigualdades que claman al cielo (cf. St 5,4). Por ejemplo, es imposible permanecer callados ante las imágenes sobrecogedoras de los grandes campos de prófugos o de refugiados —en muchas partes del mundo— concentrados en precarias condiciones para librarse de una suerte peor, pero necesitados de todo. Estos seres humanos, ¿no son nuestros hermanos y hermanas? ¿Acaso sus hijos no vienen al mundo con las mismas esperanzas legítimas de felicidad que los demás?». El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad: son situaciones cuya causa implica a menudo una clara e inquietante responsabilidad por parte de los hombres. En efecto, «sobre la base de datos estadísticos disponibles, se puede afirmar que menos de la mitad de las ingentes sumas destinadas globalmente a armamento sería más que suficiente para sacar de manera estable de la indigencia al inmenso ejército de los pobres. Esto interpela a la conciencia humana. Nuestro común compromiso por la verdad puede y tiene que dar nueva esperanza a estas poblaciones que viven bajo el umbral de la pobreza, mucho más a causa de situaciones que dependen de las relaciones internacionales políticas, comerciales y culturales, que a causa de circunstancias incontroladas».

El alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las situaciones indignas del hombre, en las que a causa de la injusticia y la explotación se muere por falta de comida, y nos da nueva fuerza y ánimo para trabajar sin descanso en la construcción de la civilización del amor. Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (cf. Hch 4,32) y ayudar a los pobres (cf. Rm 15,26). La colecta en las asambleas litúrgicas no solo nos lo recuerda expresamente, sino que es también una necesidad muy actual. Las instituciones eclesiales de beneficencia, en particular Caritas en sus diversos ámbitos, prestan el precioso servicio de ayudar a las personas necesitadas, sobre todo a los más pobres. Estas instituciones, inspirándose en la Eucaristía, que es el sacramento de la caridad, se convierten en su expresión concreta; por ello merecen todo encomio y estímulo por su compromiso solidario en el mundo.

Doctrina social de la Iglesia

El misterio de la Eucaristía nos capacita e impulsa a un trabajo audaz en las estructuras de este mundo para llevarles aquel tipo de relaciones nuevas, que tiene su fuente inagotable en el don de Dios. La oración que repetimos en cada santa Misa: «Danos hoy nuestro pan de cada día», nos obliga a hacer todo lo posible, en colaboración con las instituciones internacionales, estatales o privadas, para que cese o al menos disminuya en el mundo el escándalo del hambre y de la desnutrición que sufren tantos millones de personas, especialmente en los países en vías de desarrollo. El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente su propia responsabilidad política y social. Para que pueda desempeñar adecuadamente sus cometidos hay que prepararlo mediante una educación concreta para la caridad y la justicia. Por eso, como ha pedido el Sínodo, es necesario promover la doctrina social de la Iglesia y darla a conocer en las diócesis y en las comunidades cristianas. En este precioso patrimonio, procedente de la más antigua tradición eclesial, encontramos los elementos que orientan con profunda sabiduría el comportamiento de los cristianos ante las cuestiones sociales candentes. Esta doctrina, madurada durante toda la historia de la Iglesia, se caracteriza por el realismo y el equilibrio, ayudando así a evitar compromisos equívocos o utopías ilusorias.



Santificación del mundo y salvaguardia de la creación

Para desarrollar una profunda espiritualidad eucarística que pueda influir también de manera significativa en el campo social, se requiere que el pueblo cristiano tenga conciencia de que, al dar gracias por medio de la Eucaristía, lo hace en nombre de toda la creación, aspirando así a la santificación del mundo y trabajando intensamente para tal fin. La Eucaristía misma proyecta una luz intensa sobre la historia humana y sobre todo el cosmos. En esta perspectiva sacramental aprendemos, día a día, que todo acontecimiento eclesial tiene carácter de signo, mediante el cual Dios se comunica a sí mismo y nos interpela. De esta manera, la forma eucarística de la vida puede favorecer verdaderamente un auténtico cambio de mentalidad en el modo de ver la historia y el mundo. La liturgia misma nos educa para todo esto cuando, durante la presentación de las ofrendas, el sacerdote dirige a Dios una oración de bendición y de petición sobre el pan y el vino, «fruto de la tierra», «de la vid» y del «trabajo del hombre». Con estas palabras, además de incluir en la ofrenda a Dios toda la actividad y el esfuerzo humano, el rito nos lleva a considerar la tierra como creación de Dios, que produce todo lo necesario para nuestro sustento. La creación no es una realidad neutral, mera materia que se puede utilizar indiferentemente siguiendo el instinto humano. Más bien forma parte del plan bondadoso de Dios, por el que todos nosotros estamos llamados a ser hijos e hijas en el Hijo unigénito de Dios, Jesucristo (cf. Ef 1,4-12). La fundada preocupación por las condiciones ecológicas en que se halla la creación en muchas partes del mundo encuentra motivos de consuelo en la perspectiva de la esperanza cristiana, que nos compromete a actuar responsablemente en defensa de la creación. En efecto, en la relación entre la Eucaristía y el universo descubrimos la unidad del plan de Dios y se nos invita a descubrir la relación profunda entre la creación y la «nueva creación», inaugurada con la resurrección de Cristo, nuevo Adán. En ella participamos ya desde ahora en virtud del Bautismo (cf. Col 2,12 s.), y así se le abre a nuestra vida cristiana, alimentada por la Eucaristía, la perspectiva del mundo nuevo, del nuevo cielo y de la nueva tierra, donde la nueva Jerusalén baja del cielo, desde Dios, «ataviada como una novia que se adorna para su esposo» (Ap 21,2).





Compromiso

A partir de las siguientes preguntas, establece un compromiso serio, haciendo vida lo que celebramos en cada Eucaristía:

¿Cómo puedo proyectar la dimensión social que tiene la Eucaristía en medio de mi comunidad?

¿Qué puedo hacer con mis talentos para promover a los más necesitados de la comunidad?

¿Cómo me puedo comprometer de una manera más concreta en la construcción del Reino de Dios en medio de la sociedad, a partir de la celebración de la Eucaristía?



Oración

*Amado Señor,
ayúdame a esparcir tu fragancia donde quiera que vaya.
Inunda mi alma de espíritu y vida.
Penetra y posee todo mi ser hasta tal punto
que toda mi vida solo sea una emanación de la tuya.
Brilla a través de mí, y mora en mí de tal manera
que todas las almas que entren en contacto conmigo
puedan sentir tu presencia en mi alma.
Haz que me miren y ya no me vean a mí sino solamente a ti, oh Señor.
Quédate conmigo y entonces comenzaré a brillar como brillas Tú;
a brillar para servir de luz a los demás a través de mí.
La luz, oh Señor, irradiará toda de Ti; no de mí;
serás Tú quien ilumine a los demás a través de mí.
Permíteme pues alabarte de la manera que más te gusta,
brillando para quienes me rodean.
Haz que predique sin predicar, no con palabras sino con mi ejemplo,
por la fuerza contagiosa, por la influencia de lo que hago,
por la evidente plenitud del amor que te tiene mi corazón.
Amén. (Santo John Henry Newman).*